CAPÍTULO II

La división del trabajo en Adam Smith

La importancia de la división del trabajo como principio de organización social es incuestionable. La forma como cada sociedad divide y reparte el trabajo productivo se proyecta de diversos modos sobre la estructura social y determina, en buena medida, el estilo de desarrollo histórico de esa estructura. Las ciencias sociales y, en particular, la sociología y la antropología, no obstante, han descuidado de forma sorprendente el estudio de ese principio de organización social. Gran parte de la responsabilidad por esa negligencia reside, sin duda, en la percepción miope y parroquial provocada por la profesionalización académica, percepción según la cual la división del trabajo es una categoría "económica" y, en consecuencia, ajena a la sociología y a la antropología.

Esa percepción, sin embargo, explica sólo de forma parcial el abandono ostensible del estudio de la división del trabajo. Después de todo, uno de los sociólogos que más insistieron en la especificidad y en la autonomía de la sociología y de su objeto, el sociólogo francés Émile Durkheim, escribió una de las obras consideradas más clásicas sobre el tema, *De la division du travail social.*

Una explicación más satisfactoria debe, por lo tanto, incluir otros aspectos que obstaculizaron la reflexión sistemática en las ciencias sociales sobre esa cuestión general. Me parece que, sin menoscabo de otros factores explicativos, una de las razones que contribuyó a ese estado de cosas tiene que ver con la representación *no problemática* del fenómeno de la división del trabajo. En efecto, para la sociología contemporánea, la división del trabajo aparece como un *dato*; constituye, por así decir, uno de los a prioris de la reflexión sociológica sobre la organización de la sociedad. El origen de esa representación torpe tiene, a su vez, razones suficientes, por supuesto. Problematizar el fenómeno del trabajo, en primer lugar, significa colocarlo de forma automática en una perspectiva histórica, perspectiva que hoy en día no constituye uno de los rasgos típicos del método sociológico dominante en la esfera académica. Problematizar el trabajo y su división social, en segundo lugar, significa también abordarlo como praxis social,

superando así las limitaciones inherentes a la reflexión abstracta de la teoría sociológica de corte sistémico, que ve el proceso productivo apenas como estructura determinada desde un punto de vista analítico y no como actividad concreta, transformadora.

Esas razones, lejos de agotar las causas detrás del descuido por el estudio de la división del trabajo, permiten, en una primera aproximación, identificar algunas de las más relevantes.

Los orígenes del concepto en su forma moderna se remontan al siglo XVIII con el surgimiento de la economía política clásica anglosajona, en especial Adam Smith. Con todo, antes de él y del desarrollo de la economía política, algunos filósofos naturalistas como Mandeville, Ferguson y Hutcheson, este último profesor de Adam Smith en su juventud, habían ya comenzado a tejer algunas consideraciones preliminares y dispersas. El más importante de ellos, amigo de Adam Smith y escocés como él, fue David Hume. Hume destaca con brevedad la importancia de la división del trabajo en su *A treatise of human nature* al discutir, en el Libro III, sobre la moralidad y las costumbres (*morals*), el origen de la justicia y de la propiedad. Para Hume, la división del trabajo (*the partition of employments*) es un artificio creado por la sociedad para superar las deficiencias propias de la constitución y de la naturaleza humanas. Nuestra debilidad, de un lado, y nuestras necesidades, de otro, nos obligan a organizarnos de modo social para superar la tensión entre nuestra energía y capacidades insuficientes y nuestras abundantes necesidades. En el reino animal, de hecho, sólo el hombre experimenta ese desequilibrio entre los medios y los fines:

> De todos los animales que habitan el globo no hay ninguno con el cual la naturaleza haya, a primera vista, ejercido mayor crueldad que con el hombre, por las innumerables necesidades [*wants and necessities*] que le adjudicó y por los medios precarios que le ofrece para aliviar esas necesidades. En las otras criaturas, esos dos aspectos se compensan uno con el otro en términos generales. Si consideramos al león como un animal voraz y carní-

voro, con facilidad veremos cuán grandes son sus necesidades; pero si examinamos su constitución y temperamento, su agilidad y coraje, sus miembros y su fuerza, descubriremos que sus capacidades [*advantages*] son proporcionales a sus necesidades. La oveja y el buey no tienen esas capacidades, pero, por otro lado, su apetito es moderado y el alimento de fácil consecución. En su forma más perfecta, esta coincidencia no natural de debilidad [*infirmity*] y de necesidad se puede observar sólo en el caso del hombre. Los alimentos necesarios para su mantenimiento huyen de su proximidad o, por lo menos, exigen su trabajo para la producción de ellos y debe, también, procurarse ropas y abrigo para defenderse de las inclemencias del tiempo. Además, visto aisladamente, carece de los brazos, de la fuerza y de las habilidades naturales que, en cierta medida, podrían dar cuenta de muchas de sus necesidades.

Es tan sólo a través de la sociedad que él es capaz de remediar sus defectos y colocarse en un pie de igualdad e inclusive de superioridad con las otras criaturas. Mediante la sociedad él compensa sus debilidades; y aunque en esa situación sus necesidades se multipliquen a cada minuto, sus capacidades aumentan aún más y lo dejan en todo sentido más satisfecho y feliz de lo que sería posible en su condición salvaje y solitaria. Cuando cada individuo trabaja solo y por cuenta propia, su fuerza es insuficiente para ejecutar cualquier trabajo considerable; aun aplicando su trabajo para la satisfacción de todas sus necesidades diferentes, nunca consigue perfeccionarse en ningún arte. Y como su fuerza y empeño no son siempre iguales, el menor fracaso va acompañado de ruina y miseria inevitables. La sociedad remedia esos tres inconvenientes. Con la asociación [*conjunction*] de fuerzas aumenta nuestra energía; con la división del trabajo crece nuestra capacidad; y a través del auxilio mutuo estamos menos expuestos al azar y a los accidentes. Es mediante estas *fuerzas*, *capacidades* y *seguridad* adicionales que la sociedad se vuelve provechosa.[1]

La necesidad práctica de la división del trabajo no surge, agrega Hume, por el conocimiento reflexivo y racional de ella sino por la costumbre y el hábito inculcados con lentitud en el seno de la sociedad familiar, que constituye "el principio original de la sociedad humana". Es en el interior de esa sociedad, fruto del apetito natural entre los sexos, que el provecho derivado de la división del trabajo aparece originalmente. Más adelante, al discutir la transferencia de la propiedad, Hume destaca un último elemento que facilita la institucionalización de la división del trabajo: los hombres, por naturaleza, están diferentemente dotados de talento y destrezas para diferentes ocupaciones, lo que, entonces, conduce a estimular el intercambio y el comercio mutuos.[2]

A diferencia de Hume y de otros que tuvieron en consideración la importancia de la división del trabajo, la significación de Adam Smith reposa en haber hecho de esa categoría uno de los conceptos centrales para la formulación de una teoría de la sociedad y de sus fundamentos político-económicos. La relevancia de Smith no radica en la originalidad de sus ideas. Schumpeter, de hecho, observa que la obra económica fundamental de Smith no posee una sola idea *analítica* novedosa y Halévy, en su clásico estudio sobre el radicalismo filosófico iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII en Inglaterra, considera que las ideas de Adam Smith hacían parte de la cultura intelectual de la *intelligentsia* de la época.[3]

La importancia de la obra de Adam Smith como, por lo demás, la de los fisiócratas franceses, tiene mucho más que ver con el hecho de haber elaborado un *sistema* teórico en el cual los fenó-

1. David Hume, *A Treatise of Human Nature*, Book III, Part II, Section II *in* Henry D. Aiken, ed., *Hume's Moral and Political Philosophy*, New York: Hafner Press, 1948, pp.55-56.
2. Hume, *op.cit.*, Section IV, p.81.
3. Joseph Schumpeter, *Imperialism*, Cleveland: Meridian Books, 1955; Elie Halévy, *The Growth of Philosophic Radicalism*, Boston: Beacon Press, 1955. Véase también Karl Marx, *Capital*, vol. I, London: Everyman's Library, 1930, p.367, n.3.

menos económicos y, entre ellos, la división del trabajo, aparecen mutuamente interconectados e interdependientes. Ese rasgo sistemático que confiere originalidad a la teoría de Adam Smith fue desde el comienzo de su trabajo una estrategia deliberada, como él mismo lo observó en sus *Essays on Philosophical Subjects:*

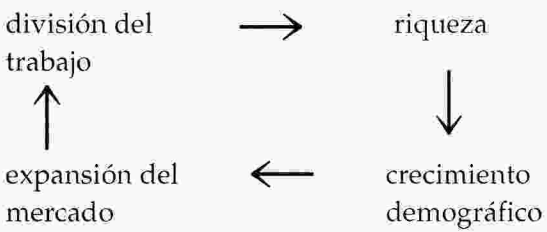
> En muchos aspectos los sistemas tienen semejanzas con las máquinas. Una máquina es un pequeño sistema, creado para ejecutar y para interconectar, en la realidad, los diversos movimientos y efectos que el artista requiere. Un sistema es una máquina imaginaria, inventada para interconectar en la imaginación aquellos movimientos y efectos diferentes que son ejecutados en la realidad.[4]

La división del trabajo es la categoría con la cual Adam Smith da comienzo al montaje de su "máquina imaginaria" en su obra *La riqueza de las naciones* (1776). En su forma más esquemática, es posible resumir el modelo teórico de Adam Smith en cuatro variables interdependientes que establecen un juego recíproco de interacciones: división del trabajo, riqueza, crecimiento demográfico y extensión del mercado. El progreso más importante en la riqueza de las naciones es uno de los efectos de la división del trabajo. A su vez, con el aumento de los medios de subsistencia provocado por el crecimiento de la riqueza nacional, se genera un aumento demográfico que, a su turno, contribuye a la expansión del mercado. El grado de expansión del mercado, por último, determina los límites de desarrollo de la división del trabajo. Se establece así una cadena de efectos y de causas dentro de la cual la división del trabajo aparece como factor determinante y, a la vez, determinado por las otras fuerzas económicas.[5]

---

4. Adam Smith, *Essays on Philosophical Subjects, apud* Andrew Skinner, ed., Introduction *in* Adam Smith, *The Wealth of Nations*, Penguin Books, 1970, p. 12.
5. Véase Jacob Viner, "Adam Smith" *in* David L. Sills, ed., *International*

Diagrama 1
La división del trabajo y sus asociaciones: Primer esquema



Aunque en términos formales sea posible considerar a cualquiera de esos factores como el ingrediente que da comienzo a todo el ciclo, sólo la división del trabajo está de hecho en condiciones de generar el proceso por la sencilla razón de que tan sólo ella descansa en ciertas características de nuestra naturaleza humana y, en particular, en "una cierta propensión de la naturaleza humana [...] la propensión a trocar, permutar y cambiar una cosa por otra."[6]

La división del trabajo, por lo tanto, constituye lo que en la jerga conteporánea equivale a la variable independiente del modelo causal. En efecto, la expansión del mercado determina la extensión de la división del trabajo, pero no existe ninguna propensión natural hacia una expansión del mercado como, por lo demás, tampoco existe para el crecimiento demográfico. La *dinámica* del modelo reposa originalmente y del todo en la división del trabajo.

Antes de examinar el papel del intercambio como el fundamento natural de la división del trabajo, discutiré con brevedad

---

Enciclopaedia of the Social Sciences, vol. 14, New York: The Macmillan Co. & The Free Press, 1968, pp. 322-329.

6. Smith, *The Wealth of Nations, op. cit.*, Book I, chap. II, p.117.

los efectos de ésta. Smith inicia su obra reconociendo que antes de él, la división del trabajo había sido, en efecto, objeto de discusión. Agrega, sin embargo, que, de modo general, esa discusión estuvo limitada a una forma particular de ella: la división en el interior de manufacturas que emplean una cantidad pequeña de trabajadores en un mismo local y bajo la supervisión directa del patrón. Pero al lado de esas "manufacturas insignificantes" [*trifling manufactures*] destinadas a la satisfacción de necesidades menores de pequeños grupos, existe un gran complejo manufacturero que satisface las necesidades productivas de la mayoría de la población y dentro del cual cada sector manufacturero emplea un número tan grande de trabajadores que es imposible reunirlos a todos en un mismo local. "Por lo tanto, aunque el trabajo en esas manufacturas esté en realidad dividido en un número mucho mayor de partes que en aquellas de una naturaleza insignificante, la división no es tan obvia y, por consiguiente, ha sido menos observada."[7]

No obstante, el ejemplo que Smith presenta para ilustrar las ventajas de la división del trabajo es tomado de la primera forma, la forma predominante en las "manufacturas insignificantes", o sea: la descomposición de las operaciones en la producción de una categoría simple de objetos, por oposición a la segunda forma: la división de la producción entre diferentes empresas para la producción de mercancías. El ejemplo de Smith es bien conocido: la producción de alfileres. Observa éste que un trabajador que no esté familiarizado con ese oficio, ni con el empleo de la maquinaria apropiada, puede producir entre uno y veinte alfileres por día. Al dividirse ese trabajo en dieciocho operaciones diferentes, como era el caso en su época, diez trabajadores pueden producir más o menos cuatro mil ochocientos alfileres por día. La división de las operaciones provoca así un aumento considera-

7. *Ibid.*, Book I, chap. I, p.109.

ble en la productividad del trabajo y está, también, en el origen de la "separación de oficios y ocupaciones diferentes unos de otros."[8] La imposibilidad de dividir y separar los diferentes sectores productivos en la agricultura, por último, explica por qué el progreso de la división del trabajo está más desarrollado en la industria manufacturera y en aquellos países con mayor desarrollo industrial.[9]

El aumento de la productividad del trabajo provocado por su división en diferentes operaciones es la consecuencia de un conjunto de tres circunstancias:

1. el progreso en la destreza de los trabajadores;
2. el ahorro de tiempo de otra forma perdido al pasar de una operación a otra cuando son hechas por el mismo trabajador; y
3. el empleo de maquinaria que facilita y reduce el tiempo de trabajo.

Contrariamente a una opinión bastante aceptada e identificada por Hume como un estímulo para la división del trabajo, Adam Smith minimiza la importancia de las diferencias innatas de talento como fuente de división del trabajo y de especialización. Es la división del trabajo la que favorece el desarrollo de destrezas y habilidades individuales:

---

8. *Ibid.*, Book I, chap. I, pp.110-111.
9. Por las consideraciones anteriores pierde toda procedencia la crítica del célebre antropólogo francés Célestin Bouglé a Adam Smith, según la cual este último confunde las diversas formas de división del trabajo: "Además del fenómeno de la distinción de profesiones o especialización, en el verdadero sentido –por ejemplo, la del hombre cuyo oficio consiste en producir una única categoría de objetos– tenemos que clasificar por separado la *descomposición de operaciones* -en la cual el producto pasa de mano en mano para recibir formas diferentes en el mismo establecimiento –y, finalmente, la *división de la producción*– en la cual diferentes empresas colaboran no sólo para producir sino para transportar mercancías." Célestin Bouglé, *Essays on the Caste System*, Cambridge: The University Press, 1971, p.156.

> La diferencia de talentos naturales en hombres diferentes es, en verdad, mucho menor de lo que pensamos; y el talento [*genius*] muy diverso que parecería distinguir a hombres de diferentes profesiones, cuando alcanzan la madurez, es en muchas ocasiones no tanto la causa como el efecto de la división del trabajo. La diferencia entre los caracteres más diferentes, entre un filósofo y un portero, por ejemplo, no parece brotar de la naturaleza sino del hábito, la costumbre y la educación. Cuando nacieron y hasta sus seis u ocho primeros años de vida eran, con toda probabilidad, muy semejantes y ni sus padres ni sus amiguitos habrían podido percibir ninguna diferencia notable. A esa edad o un poco después, comienzan a ser empleados en diferentes ocupaciones. La diferencia en sus talentos comienza entonces a ser observada y crece de modo gradual hasta que, por fin, la vanidad del filósofo no quiere reconocer ninguna semejanza.[10]

El ahorro de tiempo, habitualmente gastado al pasar de una actividad a otra, es por igual considerable con la división del trabajo. Las ganancias más considerables de tiempo reposan, sin duda, en aquellos sectores productivos en los cuales el trabajador debe pasar de una actividad a otra, desplazándose de lugar y cambiando al mismo tiempo de herramientas de trabajo, como ocurre con el artesano que cultiva una pequeña hacienda, alternando así su actividad entre el telar y el campo de cultivo. Sin embargo, cuando las ocupaciones se pueden ejecutar en el mismo lugar, la pérdida de tiempo no es menos considerable. El trabajador que cambia de actividad, alega Smith, trabaja de manera chapucera antes de iniciar una nueva y su dedicación inicial a la nueva tarea es, por lo general, descuidada e indolente. La división del trabajo tiene, entonces, efectos significativos en la formación de un espíritu de trabajo industrioso y diligente, al evitar los

10. Smith, *op.cit.*, Book I, chap. II, p.120.

estados de abandono y de pereza asociados al comienzo de cada nueva tarea.

Por último, en lo que se refiere a las relaciones entre la división del trabajo y el empleo de la maquinaria, las ventajas no residen tan sólo en el hecho de que la maquinaria facilite y reduzca el trabajo y el tiempo gastados en él. Igualmente significativa es la consideración de Smith, según la cual la invención de maquinaria y de nuevas herramientas de trabajo es de ordinario el fruto de la división de éste. La aplicación permanente y continua del trabajador a una única tarea productiva y su familiaridad creciente con los instrumentos de trabajo necesarios para su ejecución, hacen de él el mejor agente de innovaciones tecnológicas. No es de extrañar, agrega Smith, que una gran parte de los instrumentos de trabajo haya sido inventada por trabajadores comunes a lo largo de la historia.

De igual forma que Hume, Adam Smith no considera la institución de la división del trabajo como un artificio racional del ingenio humano. En oposición a Hume, no obstante, ve el surgimiento de la división del trabajo como consecuencia de una propensión natural a trocar una cosa por otra. Esta propensión, que nos distingue de los animales, es un atributo universal, susceptible de ser encontrado en todas las sociedades humanas con prescindencia del grado de desarrollo económico, y antes del nacimiento mismo de la división del trabajo. Aunque el intercambio sea estimulado como resultado de la división del trabajo y de la especialización, aquel es anterior y constituye el principio de esa división. Sin esa disposición innata para "trocar, permutar y cambiar" [*to truck, barter and exchange*] cada individuo tendría que buscar él solo todos los objetos necesarios para la satisfacción de sus necesidades.

> Todos tendrían que ejecutar las mismas tareas; todos tendrían que hacer el mismo trabajo, y no podría haber habido [en esas circunstancias] ninguna diferencia de ocupación que requiriera la existencia de talentos diferentes.

Y Smith acaba invirtiendo los términos convencionales de la asociación entre talento y especialización al concluir:

> Del mismo modo que esta disposición [natural al intercambio] crea diferencias de talentos, tan notables entre hombres de diferentes profesiones, es también *la misma disposición la que hace que esa diferencia sea útil.*[11]

Esto es, fuera de un contexto social de intercambio, las diferencias de talento y de destreza individuales no tienen ningún impacto económico. Sólo la posibilidad de intercambio otorga utilidad social a las diferencias individuales en talento:

> En una tribu de cazadores o de pastores, una persona en particular hace arcos y flechas, por ejemplo, con más facilidad y destreza que otra cualquiera. Y con frecuencia los trueca por ganado o por venado con sus compañeros, encontrando de esta forma que en último análisis consigue así más ganado y venado de lo que él conseguiría cazándolos él mismo. Desde el punto de vista de sus propios intereses, por lo tanto, la fabricación de arcos y de flechas se vuelve su oficio principal transformándose entonces en una especie de fabricante de armas. Otro sobresale en la fabricación de marcos y de techos para sus chozas o abrigos. Ésa es su utilidad habitual entre los vecinos, los cuales lo gratifican de igual forma con ganado y venado hasta que acaba descubriendo que su interés radica en dedicarse del todo a esta ocupación y se vuelve una especie de carpintero. De la misma forma, un tercero se vuelve herrero o latonero, un cuarto curtidor [...] Y entonces *la certeza de poder trocar* el excedente del producto del trabajo propio [...] por el excedente del producto que él requiere del trabajo de otros hombres, *incentiva a cada uno a dedicarse a una única ocupación* y a cultivar y perfeccionar el talento que eventualmente posea para esa clase de oficio.[12]

11. *Ibid.*, Book I, chap. II, p.120. Énfasis añadido.
12. *Ibid.*, Book I, chap. II, pp.119-120. Énfasis agregado.

Una vez instituida la división del trabajo como consecuencia de las circunstancias anteriores, se acentúa y se desarrolla el proceso de trueque que estaba al principio en la base de aquella institucionalización. El proceso de trueque, sin embargo, continuará operando como factor determinante de la división del trabajo aun después de la institucionalización de ésta. En efecto, observa Smith, la extensión de la división del trabajo estará siempre limitada por la extensión del mercado. "Cuando el mercado es muy pequeño, nadie puede tener los estímulos para dedicarse por entero a una ocupación única" debido a la imposibilidad de trocar el excedente del trabajo personal por el excedente del trabajo de otros.[13]

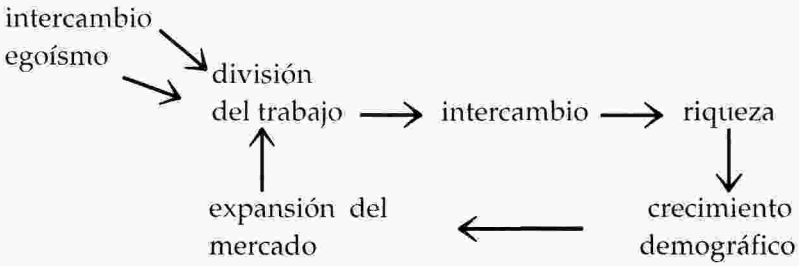
Una vez que la división del trabajo esté establecida por completo, sólo una pequeña parte de las necesidades materiales de los individuos acaba siendo satisfecha por el producto del trabajo personal. Cada hombre se vuelve, entonces, como consecuencia de esa nueva organización de la actividad económica, en cierta forma un comerciante y la sociedad, como un todo, termina transformándose en una sociedad comercial.[14]

No obstante, nuestra predisposición innata para el trueque no constituye para Adam Smith el único principio que permite su posterior desarrollo. Al lado de esa disposición natural, Smith identifica un segundo principio sin el cual el trabajo no podría dividirse socialmente. Ese segundo principio es el egoísmo, la disposición que nos lleva a perseguir nuestra utilidad personal.

El siguiente esquema, ahora más completo, de la teoría de la división del trabajo de Smith, podría ser representado de la siguiente manera gráfica:

13. *Ibid.*, Book I, chap. III, p.121.
14. *Ibid.*, Book I, chap. IV.

Diagrama II
La división del trabajo y sus asociaciones:
Segundo esquema



La importancia del egoísmo universal como principio formativo del trueque y de la división del trabajo se asocia en Adam Smith a la concepción utilitarista de la conducta moral. La idea de que la organización económica de las sociedades civilizadas y con división del trabajo pudiera descansar en sentimientos de reciprocidad, solidaridad o, en general, en el sentimiento de simpatía por parte de los actores económicos, no tenía cabida en esta concepción de la vida social. La necesidad de cooperación y asistencia exigidas por las formas complejas de organización del trabajo social no podían depender de la invocación a los sentimientos generosos y desinteresados de los individuos. La única explicación satisfactoria en el clima intelectual de la época en que Adam Smith escribe su obra consistía en hacer depender de alguna forma los intereses colectivos de los intereses egoístas de los actores económicos.

> En la sociedad civilizada, [el hombre] requiere en todo momento de la cooperación y de la asistencia de grandes multitudes mientras que durante toda su vida sólo consigue ganarse la amistad de unas pocas personas. En casi todas las otras razas de animales cada individuo, al llegar a la madurez, es del todo in-

> dependiente y en su estado natural no requiere de la asistencia de ninguna criatura. Pero el hombre requiere casi constantemente de la ayuda de sus semejantes y sería vano que la esperase sólo como resultado de la benevolencia de ellos. Tiene más probabilidades de tener éxito si apela al amor propio [*self-love*] de ellos y si consigue demostrarles que para ellos es ventajoso hacer por él lo que él requiere de ellos. Quienquiera que ofrezca un trueque a otro está proponiendo exactamente eso. Deme lo que yo necesito y yo le doy a usted aquello que usted necesita es el significado de cada trueque; y es de esa forma como obtenemos unos de otros la mayor parte de los servicios que necesitamos. No es por la benevolencia del carnicero, del fabricante de cerveza [parte de la dieta básica de la época de Smith] o del panadero que esperamos poder alimentarnos, sino por la consideración de ellos mismos a sus propios intereses. Nos dirigimos al interés de cada uno de ellos [*their self-love*] y no a sus sentimientos de humanidad [*their humanity*]; nunca les hablamos de sus necesidades sino de sus provechos. Sólo los mendigos optan por depender en lo esencial de la benevolencia de sus vecinos. Y ni siquiera el mendigo logra depender por completo de ella..."[15]

Los hechos son obstinados y cada día confirman que la mayor parte de nuestras necesidades son satisfechas *by treaty, by barter, and by purchase*.

Al recurrir a la premisa de la presencia universal del egoísmo como la fuente del intercambio y de la división del trabajo, Smith acepta una de las tesis fundamentales del utilitarismo inglés de acuerdo con el cual, el egoísmo es la inclinación predominante de la naturaleza humana. Consecuencia necesaria del atomismo metodológico implícito en esa tesis utilitarista era la existencia de una oposición virtual entre los intereses personales y los intereses colectivos. La oposición entre individuos y sociedad era, no

15. *Ibid.*, Book I, chap. II, pp.118-119.

obstante, sólo una oposición abstracta, teórica. Lo que se confirma en la práctica, según la visión utilitarista, es exactamente lo opuesto, o sea, la identidad de los intereses individuales en el plano social.

Una de las respuestas al dilema original de la filosofía moral basada en el principio de la utilidad –dilema cuyos términos eran, por un lado, el comportamiento motivado por intereses egoístas y, por el otro, la existencia de un orden social dentro del cual confluían los intereses individuales– se buscó mediante la noción de simpatía, nuestro sentimiento de placer por la felicidad del prójimo. Al identificar el sentimiento de simpatía como una forma especial del principio de utilidad, la tensión original entre el interés personal y el interés colectivo desaparecía y las dos clases de intereses acababan integrándose.

Pero por lo que expusimos antes se hace evidente que Adam Smith rechazaba esa solución al dilema entre el egoísmo universal y la utilidad general. En efecto, el sentimiento de simpatía no fue considerado por Smith como una causa suficiente para la constelación de formas complejas de organización del trabajo social. Apenas los mendigos, conviene recordar, fundan sus esperanzas en la eficiencia de esa clase de sentimientos. El trabajo social es dividido por razones egoístas, no benévolas.

Otra respuesta, más genuinamente utilitarista, fue la de negar la existencia de una oposición virtual entre el egoísmo y la utilidad general al conferir a esa oposición apenas un carácter aparente. El egoísmo no se consideró más como vicio, según había insistido Mandeville, sino como virtud. El egoísmo es, por lo tanto, útil para el bien general. Esta respuesta parte de la existencia de una identidad natural de intereses que hace que los diversos egoísmos individuales sean colectivamente armónicos. Fue ésta, como se desprende de las ideas de Smith antes expuestas, la tesis apoyada por él.[16]

16. Para una discusión sobre el utilitarismo inglés, véase Halévy, *The Growth of Philosophic Radicalism*, *op.cit.*

Como consecuencia de esa posición, Smith rechazaría *a priori* la posibilidad de formas patológicas de división del trabajo, formas en las cuales se opera una discontinuidad entre el talento natural de los individuos y las ocupaciones en las cuales ellos se especializan, como Durkheim destacaría ciento cincuenta años más tarde. En efecto, como vimos con anterioridad, para Smith el talento, en primer lugar, no es la causa cuanto el producto de la división del trabajo y, en segundo lugar, cualquiera que sea la preferencia individual en términos de ocupación especializada, ello va a repercutir por fuerza en beneficio del interés general, de la sociedad como un todo. "No es sólo que cada individuo tiene un interés propio", –como observa Halévy– "sino también que cada individuo es el mejor juez de su propio interés [...] los individuos que son perfectamente egoístas son, de modo general, perfectamente razonables."[17]

A diferencia de otros utilitaristas como Bentham, para Adam Smith la armonía colectiva de los egoísmos individuales es producida de manera espontánea y para su realización no se necesitan mecanismos artificiales, racionalmente diseñados, para crear la identidad de intereses, como el Estado, la ley penal y otras instituciones de carácter regulativo. Como vimos, el trueque opera como determinante y creador de identidad de intereses y esa identidad se realiza de manera espontánea, gracias a la división del trabajo. Desde esa perspectiva, la propia alegoría interpretativa de Adam Smith, según la cual el orden económico y la armonía social de los intereses individuales es fruto de una "mano invisible", aparece por entero como redundante y analíticamente innecesaria. Si, en efecto, la identidad de intereses es provocada de forma espontánea por la división del trabajo y por el intercambio, ¿para qué entonces la necesidad de postular esa mano invisible?

La mano invisible es una entelequia por completo superflua

17. Halévy, *op.cit.*, p. 99.

en la teoría de Smith, en los términos aquí expuestos, y su inclusión por el propio Smith dentro de su teoría sólo puede ser explicada como un residuo metafísico de la metodología mecanicista, instaurada por Newton y Descartes, metodología que Smith adoptó con naturalidad. A diferencia del sistema mecánico newtoniano y cartesiano, la dinámica del sistema económico en Smith reposa en átomos psicológicos, los egoísmos individuales, dinámicamente autónomos y muy diferentes, sin duda, de los átomos físicos cuya dinámica es dada por el sistema. Al paso que, en este último tipo de sistema los átomos están a merced de un conjunto de leyes de naturaleza deductiva, cuya armonía es inexplicable a no ser a través de la figura de la "mano invisible", en el sistema smithsoniano las leyes del sistema son fruto de la integración de egoísmos individuales y la dinámica del sistema descansa en lo esencial en la naturaleza psicológica del individuo. En este caso, son las partes las que son responsables y explican la totalidad. No es, en breves términos, la división del trabajo invisiblemente mantenida por una mano desconocida la que crea y determina los egoísmos individuales de las partes del sistema económico. Son estos últimos, por el contrario, los que generan de forma espontánea la división del trabajo social.

La anterior crítica sugiere que Smith no logró asimilar del todo las implicaciones que un postulado utilitarista tendría para la explicación positivista de la organización social. Esa asimilación incompleta de los fundamentos utilitaristas condujo a Smith también a reducir el alcance explicativo de una teoría social basada en principios utilitaristas. En efecto, al postular ciertas propensiones y predisposiciones naturales de orden psicológico como la base de la división del trabajo, los orígenes *históricos* de esa división, que Smith se preocupa por examinar en el Libro III, se tornan *necesariamente* espurios. Si los fundamentos de la división del trabajo son de orden natural, si hacen parte de nuestras inclinaciones primordiales, ¿por qué entonces reconocer su carácter histórico, accidental, contingente? ¿Cómo es que no surge en las

"naciones salvajes" dedicadas a la caza y a la pesca? El reconocimiento de ese carácter ¿no sugeriría de modo tácito la intuición correcta de que las determinaciones utilitaristas son insuficientes para dar una explicación satisfactoria del fenómeno? En rigor, los límites de la antropología utilitarista de Smith coinciden apenas con el surgimiento del hombre industrial.

La verdad es que, como bien observó Halévy, Smith no fue consecuente por completo con su principio de que todos los intereses son idénticos al concluir en el Libro I que los intereses de las tres clases que participan de los productos del trabajo –asalariados, propietarios de tierras y capitalistas– no son por igual armónicos con el interés general:

> Como la renta necesariamente aumenta con el progreso natural de la riqueza, el interés de las clases propietarias de tierras está por lo tanto ligado de modo inseparable con el interés general de la sociedad. Por desgracia, los propietarios de tierras son pésimos jueces de sus propios intereses por constituir ellos la única de las tres clases cuyo rendimiento no implica trabajo o ansiedad y por ser este último, por el contrario, adquirido de forma cuasi espontánea e independientemente de cualquier previsión. Por eso se tornan indolentes e incapaces de previsión y dedicación racional. Como los salarios del trabajo aumentan con la demanda de trabajo, el interés de los trabajadores está asociado con el interés de la sociedad, como es el caso con el propietario rural. El trabajador, no obstante, es ignorante e incapaz ya sea de comprender ese interés o su conexión con el suyo, a menos que el gobierno se esfuerce por instruirlo. La posición económica de los capitalistas, por último, es bastante diferente y en cierta forma opuesta. Son ellos los más informados y los más inteligentes. A pesar de todo, la tasa de lucros es naturalmente menor en los países ricos y mayor en los países pobres; el interés de esa tercera clase, en consecuencia, no tiene la misma vinculación con el interés general de la sociedad como ocurre con las otras dos clases. No existe un solo caso en que el principio según el cual cada

> individuo es el mejor juez de su propio interés sea aplicable: para compensar ese estado de cosas surge la ilusión o error ingenuo de los capitalistas que consiste en creer en el principio de la identidad de intereses cuando en la realidad existe una divergencia entre sus intereses y los intereses del público.[18]

En rigor, la idea del intercambio y de la división del trabajo como realizadores del principio de utilidad y de la identidad del interés individual con el interés social opera sólo, como concluye Halévy, en los casos en los cuales los individuos afectados por el trueque son todos trabajadores de modo tal que obtengan una cantidad igual de producto por una cantidad igual de trabajo.[19]

La división social del trabajo y la recompensa y utilidad que cada actor económico recibe no son, por lo tanto, polos equivalentes de una relación de identidad. Para corregir esas imperfecciones, discontinuidades y divergencias de intereses, Smith asigna al Estado un papel educador, de forma que los individuos sean llevados a identificar y reconocer sus intereses. No obstante, el Estado representa en la teoría de Smith una categoría en esencia residual. La dinámica y la organización de la vida económica descansan de modo fundamental en el libre juego de intereses individuales, socialmente coordinados por la división del trabajo. El trabajo dividido une socialmente a los productores individualmente separados.

Por lo demás, es muy significativo que mientras que la institucionalización y el perfeccionamiento de la división del trabajo prescindan de modo formal del Estado, la institucionalización y el desarrollo de este último, en cambio, estén en gran medida determinados históricamente por el progreso de la división del trabajo. Para Adam Smith, el surgimiento de un orden genuina-

18. Halévy, *op.cit.*, p.101.
19. *Ibid.*, p.119.

mente *político* o, mejor, de un dominio público extensivo a la ciudad y al campo e imperturbable por el arbitrio del poder privado, es fruto de la evolución general de la división del trabajo y en particular de una compleja interacción de variables que se origina con la forma de cultivo y ocupación de la tierra y que tiene ramificaciones con respecto a las relaciones de dependencia y subordinación al poder local de los señores de tierra y a la eventual emergencia de un Estado fuerte y soberano.

Smith comienza por identificar los efectos que las diversas formas de ocupación de la tierra tienen sobre el comercio interregional [*for distant sale*] contrastando la situación de economías coloniales con economías independientes. La aparición de la industria y del comercio dependen de la existencia de tierras no cultivadas o de fácil apropiación. El capital excedente del empresario agrícola, cuando la tierra es abundante, no se destina al eventual establecimiento de manufacturas sino, por el contrario, a la compra de más tierra no cultivada con el objeto de ser incorporada a la empresa familiar. El "curso natural de las cosas", según Smith, es así de regular y típico en todos los casos en que el capital se orienta de modo exclusivo hacia el sector industrial después del desaparecimiento de la frontera agraria. La desaparición de esta última y el concomitante aumento de la demanda del sector agrario por productos industriales de los centros urbanos representan ingredientes decisivos en el proceso de industrialización y de urbanización. Se crea entonces una interacción, mediante la cual el aumento de la riqueza comercial y manufacturera contribuye al desarrollo de la sociedad agraria, la que, a su turno, estimula el progreso de aquélla.

Pero el impacto del progreso del comercio sobre el sector agrario no se limita al suministro de productos que estimulan el desarrollo de la economía agraria, ni al progresivo "aburguesamiento" de esta última, gracias a la compra de tierras por comerciantes exitosos y socialmente ambiciosos. Otro impacto, "el más importante a todas luces", viene a ser de naturaleza *política*: la creación

de instituciones públicas de gobierno y, con ellas, el desarrollo de la libertad y seguridad del habitante rural, así como la decadencia de las formas de servidumbre y de dependencia. Ese proceso, no obstante, puede ser entendido de forma cabal cuando se tiene una noción clara de la inmensa autoridad personal y de arbitrio de los grandes propietarios rurales sobre sus clientelas en condiciones de economía relativamente cerradas, aisladas del comercio exterior y sin vínculos funcionales con la industria nacional.

El poder y la autoridad de los grandes propietarios rurales sobre sus dependientes surge, según Smith, del empleo que hacen del excedente de sus economías. Ese empleo genera formas de dependencia y de solidaridad que repercuten en la consolidación del poder local del señoriato agrario. Vale la pena citar *in extenso* las perceptivas y ricas consideraciones –desde una perspectiva sociológica– del argumento de Smith:

> En un país que no tiene comercio exterior ni ninguna de las manufacturas más elaboradas [*finer manufactures*], el gran propietario –que no tiene por qué intercambiar la mayor parte del producto sobrante de sus tierras después del mantenimiento de los cultivadores– consume todo domésticamente en hospitalidad rústica. Si ese producto excedente es suficiente para mantener cien o mil hombres, puede hacer uso de él sólo para mantener cien o mil hombres. Está, por tanto, todo el tiempo rodeado de una multitud de servidores y dependientes quienes no teniendo ningún equivalente para dar en trueque por ese mantenimiento y estando por entero alimentados por la generosidad de él, deben obedecerlo por la misma razón que los soldados deben obedecer al príncipe que los remunera. Antes de la expansión del comercio y de la manufactura en Europa, la hospitalidad de los ricos y de los grandes, desde el soberano hasta el barón más sencillo, excedía todo aquello que en los tiempos actuales pudiéramos imaginar...
>
> Los ocupantes de la tierra eran en todo sentido tan dependien-

tes del gran propietario como sus servidores. Aun aquellos que no tenían tenencia concedida por el señor eran arrendatarios graciosos [*tenants at will*] que pagaban arrendamientos en nada equivalentes a la subsistencia que la tierra les proporcionaba. Una corona, media corona, una oveja, un cordero –éstas eran hasta hace pocos años atrás, en la Alta Escocia, formas comunes de rentas de tierras que mantenían familias enteras. En algunos lugares es así hasta hoy y el dinero en la actualidad no sirve allí para comprar una cantidad de mercancías mayor que en otros lugares. En regiones donde el producto excedente de una gran propiedad tiene que ser consumido en la misma propiedad, es con frecuencia más conveniente para el propietario que una parte de él sea consumido a cierta distancia de su propia casa, con tal de que los consumidores sean tan dependientes de él como sus servidores y criados domésticos. Queda así protegido de las complicaciones ya sea de un grupo de habituados [*company*] muy grande o ya de una familia muy extensa. Un arrendatario gracioso, que posee tierra suficiente para mantener a su familia por poco menos que un arrendamiento insignificante, es tan dependiente del propietario como cualquier criado o servidor y debe obedecerle con la misma ausencia de reserva. Ese propietario alimenta en su propia casa a sus servidores y dependientes del mismo modo que alimenta a sus arrendatarios en sus propias casas. La subsistencia de ambos se deriva de su generosidad y la continuidad de aquélla depende de su favor.

El poder de los antiguos barones reposaba en la autoridad que los grandes propietarios por fuerza detentaban sobre sus arrendatarios y dependientes en esas circunstancias. Necesariamente tornábanse los jueces de paz y los dirigentes en la guerra para todos aquellos que vivían dentro de sus propiedades. Podían mantener el orden y ejecutar la ley dentro de sus propiedades respectivas porque cada uno de ellos estaba en condición de dirigir la fuerza de todos sus residentes contra la injusticia de quienquiera que fuese. Nadie más tenía autoridad suficiente para hacer

> eso. El rey, en particular, tampoco. En aquellos tiempos pasados, era él apenas algo más que el mayor propietario de sus dominios y a quien otros grandes propietarios rendían cierto respeto en consideración a la defensa común contra los enemigos comunes. Obligar al pago de una pequeña deuda en las tierras de un gran propietario, en donde todos los habitantes estaban armados y habituados a defenderse los unos a los otros, le habría costado al rey, en caso de que lo intentara con su propia autoridad, casi el mismo esfuerzo que extinguir una guerra civil. Por lo tanto, estaba obligado a abandonar la administración de justicia en la mayor parte del territorio a aquellos capaces de administrarla; y, por las mismas razones, a dejar el comando de las milicias del país a aquellos a quienes las milicias obedeciesen.[20]

El derecho feudal representó, según Smith, un primer esfuerzo en el sentido de reducir el inmenso poder de estos grandes propietarios al establecer una jerarquía de subordinación, asociada a una serie de obligaciones y servicios, que iba desde el príncipe o rey hasta los propietarios de niveles más inferiores. Sin embargo, ese derecho fue insuficiente para liquidar ese *statu quo* porque no logró quebrar o disolver ese modo de propiedad.

Mal podría la fuerza coercitiva del derecho político servir de base para la constitución de la sociedad civil desde la perspectiva filosófica de Adam Smith. Contrariamente a Hobbes, en efecto, la sociedad civil precede a la sociedad política y a sus instituciones, o sea, al Estado. El *bellum omnium contra omnes* que resuena en el desorden, el belicismo y la arbitrariedad constantes de la sociedad agraria dominada por los grandes propietarios antes del surgimiento de una sociedad comercial no es, de ninguna forma, el fruto de un egoísmo universal desenfrenado y sin escrúpulos políticos sino, por el contrario, la consecuencia de una institucionalización insuficiente de mecanismos de mercado que

20. Smith, *op.cit.*, Book III, chap. IV, pp.508-510.

permitan substituir los vínculos de dependencia personal, creados de forma perversa por la *rustic hospitality* de un señor, por vínculos de interdependencia social e impersonal de todos los actores económicos entre sí.

De hecho, Smith anticipa de modo penetrante el cambio de las formas de dependencia y de solidaridad social que la división del trabajo acarrea según Durkheim:

> En un país donde no existe comercio exterior ni manufacturas de alta calidad, un hombre de diez mil [libras] por año no puede emplear bien sus ingresos de otra forma que no sea manteniendo, quizá, mil familias, que necesariamente están bajo su mando. En las circunstancias actuales de Europa, un hombre de diez mil [libras] por año puede gastar toda su renta, y por lo general lo hace, sin mantener directamente veinte personas y sin ser capaz de mandar más de diez hombres que no vale la pena mandar. [No obstante,] de forma indirecta mantiene quizá un número igual o mayor de personas de las que mantendría con el antiguo método de gastos. Porque, auncuando la cantidad de productos de calidad por la cual intercambia todas sus entradas sea pequeña, el número de trabajadores empleados en su recolección y preparación tiene que haber sido por fuerza mucho mayor. Su alto precio, de modo general, proviene de los salarios de esos trabajadores y de los beneficios de sus inmediatos empleadores. Al pagar el precio, paga indirectamente todos los salarios y beneficios contribuyendo, entonces, al mantenimiento de todos los trabajadores y de sus empleadores. Con todo, de modo general sólo contribuye con una pequeña proporción de cada uno de ellos: para unos pocos tal vez una décima parte, para muchos quizá una centésima parte y para otros ni siquiera una milésima parte de todo su mantenimiento anual. Por esa razón, aún cuando contribuya para el mantenimiento de todos ellos, todos son más o menos independientes de él, porque de ordinario se pueden mantener sin él.
>
> Cuando los grandes propietarios de tierra gastan sus rentas

> manteniendo a sus arrendatarios y servidores, cada uno mantiene por completo a todos sus arrendatarios y a todos sus servidores. Cuando gastan sus rentas manteniendo comerciantes y productores independientes [*artificers*], sin embargo, pueden, todos en conjunto, tal vez mantener un número igual o, dado el desperdicio que acompaña a la hospitalidad rústica, un número mayor de personas que antes. No obstante, cada uno de ellos, tomado individualmente, contribuye con frecuencia con una porción muy pequeña de mantenimiento de cada uno de los individuos de ese voluminoso grupo. Cada comerciante o productor independiente deriva su subsistencia del empleo de cien o mil diferentes clientes y no de uno solo. Aunque comprometido [*obliged*] en cierta medida con todos, no depende, por lo tanto, de ninguno de ellos en absoluto.[21]

Rotos los lazos de dependencia señorial de una vasta clientela de servidores, los gastos personales de los grandes propietarios aumentaron de modo proporcional al incorporarse a una economía comercial para satisfacer su "vanidad costosa" con hebillas de diamantes, naderías y nimiedades "más adecuadas como juguetes de niños que como búsqueda seria de hombres". Al ir en pos de la satisfacción de esas frivolidades, observa Smith, los grandes propietarios acabaron por trocar el poder y la autoridad conquistados con el mantenimiento de sus clientelas por quincallerías insignificantes, volviéndose con ello, desde entonces, incapaces de interrumpir el curso normal de la justicia o de perturbar la paz y la tranquilidad locales.

La profunda revolución creada por la constitución de una sociedad de mercado no fue, evidentemente para Smith, el resultado intencional y planeado de los actores económicos. Ninguno de ellos pensó en ningún momento en el interés general. Fue, antes que nada, una consecuencia imprevista y formidable crea-

21. *Ibid.*, Book III, chap. IV, pp.512-513.

da por los egoísmos individuales materializados en la estulticia rústica de los grandes propietarios de tierra y en la industria "mucho menos ridícula" de los comerciantes y productores. Al contrario de Hobbes, para quien la sociedad civil nace de la identidad *artificialmente* creada de los egoísmos, y al contrario de Hume y Hutcheson, para quienes la construcción de aquélla es impensable sin un sentimiento generalizado de simpatía, fuente de los actos morales, la sociedad civil surge para Smith de la identidad *espontánea* de los egoísmos y los sentimientos de simpatía, si bien relevantes, jamás son la causa originaria de aquélla. El desarrollo de esos sentimientos de simpatía en condiciones anteriores a la división del trabajo, como vimos en páginas anteriores, al examinar las consecuencias de la "hospitalidad rústica", representa, por el contrario, un serio obstáculo para el desarrollo del bienestar y de la felicidad colectivos.